Globethics Repository



Argentina 1984 [Argentina 1984]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Sarlo, Beatriz
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 18:47:25
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221505

Nueva Sociedad Nro.73, Julio- Agosto de 1984, pp. 78-84

Argentina 1984: La cultura en el proceso democrático

Beatriz Sarlo

Beatriz Sarlo: Escritora y crítica literaria argentina. Profesora de Literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Directora de la revista Punto de Vista. Ha publicado ensayos y varios libros, entre los cuales cabe mencionar: "Literatura y Sociedad" y "Ensayos Argentinos" (ambos en colaboración con Carlos Altamirano).

La sociedad argentina ha sufrido, como consecuencia de siete años de gobierno militar, una serie de fracturas. Entre ellas, la del campo intelectual y cultural. Se trata ahora, en las nuevas condiciones del gobierno democrático, de recomponer un campo intelectual fragmentado por las muertes, las desapariciones y el exilio. Este espacio cultural e intelectual podrá intentar producir nuevamente un sistema de lazos que lo vincule con otras áreas de la sociedad, especialmente, desde la izquierda, con los sectores populares. Pero, en este proceso, deberán pensarse los problemas de nuevas formas culturales y la resolución de cuestiones tales como la de la diversidad cultural, la reconstrucción del aparato educativo, la actualización de las consignas agitadas por la reforma universitaria, el debate sobre el destino de los grandes medios de comunicación masivos y, especialmente, la construcción de una memoria colectiva sobre los episodios de violencia y terrorismo de Estado en los últimos diez años.

El campo cultural ha sido uno de los espacios fragmentados por el proceso que presidieron los militares en Argentina. La desaparición y la muerte de intelectuales, aunque terrible, es sólo uno de los datos que lo afectaron profundamente. El exilio es, quizás, el otro dato fundamental, y de él se continuará hablando en esta etapa. Pero conviene pensar la cultura en la actualidad echando una mirada sobre el pasado menos inmediato.

INTELECTUALES, SOCIEDAD Y POLÍTICA

Argentina se había caracterizado, hasta mediados de la década del setenta, por una trama densa de las relaciones entre los intelectuales de izquierda y de sectores del peronismo: polémicas y debates indicaban no sólo la disensión sino también zonas extensas de contacto. Las instituciones formales e informales del campo intelectual eran expresión pública de esta vida cultural rica y articulada. Además, tanto la iz-

quierda como las tendencias radicalizadas del peronismo mantenían un sistema de lazos lábiles pero relativamente estables con sectores populares: corrían los años en que los grupos teatrales independientes se proponían su "camino hacia el pueblo" con representaciones en las villas miseria; en que los artistas plásticos organizaban acontecimientos en sindicatos o sedes partidarias ("Tucumán arde" fue, quizás, su expresión más de vanguardia estética y política); en que ninguna asamblea universitaria podía terminar sin las declaraciones relativas a una universidad abierta al pueblo y que prepara a los estudiantes para la transformación de la sociedad; en que grupos como Cine Liberación pusieron las cámaras al servicio de diferentes variantes del nacionalismo revolucionario (hasta llegar a firmar una larga entrevista con Perón) o que cineastas formados en las vanguardias del sesenta argumentaban que había que utilizar la cámara como un fusil (en una metáfora que ya estaba indicando la dirección violenta que tendrían los años posteriores).

Fueron las utopías culturales de los años sesenta y comienzos de los setenta, utopías fuertemente marcadas por el mayo francés, la revolución cultural china, la idea difundida de que, por fin, en Cuba se habían unido esos polos que otros socialistas habían mantenido inconciliables: vanguardia estética y revolución. Ni el caso Padilla, ni las tempranas denuncias de Franqui, Semprún o Claudín podían todavía ser escuchadas en su significado problemático para los socialismos reales.

Con todo lo que estas utopías tenían de profundo en la transformación de un modelo tradicional de intelectual, cambiando sus relaciones con la sociedad y su función respecto de los sectores populares, demostraron también como las ideologías-puente para que muchos intelectuales y artistas imaginaran vínculos más directos con la política y las masas. Algún día tendremos que pensar cuánto tienen que ver estos modelos ideales de intervención sobre los sectores populares desde la cultura, con otras formas de intervención e imposición de políticas, que signaron los años violentos 1970-76.

Pero estas utopías arrojaron también otros efectos negativos en la conformación del campo intelectual. Destruyendo el modelo de un mandarinato escindido de las grandes cuestiones, pretendieron anular las especificidades del campo. La política empezó a imponer sus razones, no siempre buenas, a la cultura; comenzó a gobernar los paradigmas de la historiografía y dominó la discusión de las grandes cuestiones universitarias, en nombre de la lucha contra el cientificismo. Al mismo tiempo, el ideal de un intelectual vinculado con los sectores populares, se realizó por lo menos en la producción de un sistema de relaciones capilares que lo unía a las zonas exteriores al campo intelectual y cultural.

Precisamente, esta trama compleja y también conflictiva, fue destruida por la dictadura militar implantada en 1976. Se produce entonces una doble fragmentación. Al exilio que cortaba el campo intelectual entre un adentro y un afuera, se agregó la segregación de los intelectuales y artistas en una esfera casi hermética, alejada, por evidentes razones de seguridad y represión, de los espacios populares. Recién hoy puede decirse que los argentinos están enfrentados al problema de reconstruir este campo móvil y que para reconstruirlo no será suficiente pensar que pueden repetirse las experiencias de los últimos quince años, regidas, la mayoría de las veces, por concepciones políticas profundamente penetradas de autoritarismo, aunque se presentaran bajo las formas de izquierda o antimperialistas.

NUEVA CULTURA, NUEVA POLÍTICA

La construcción de una nueva cultura en Argentina deberá recorrer el inventario extenso de las cuestiones a resolver, sin olvidar que la sutura de las heridas dejadas por el exilio y la desaparición física de intelectuales, requerirán, como tema de reflexión, un período que puede anunciarse como largo.

El papel de los intelectuales que regresan me parece importante. Su estada en varios países latinoamericanos, pero especialmente en México, Brasil y Venezuela, y en naciones europeas, les permitió presenciar e intervenir en los nuevos debates que tuvieron lugar en los últimos diez años. Me refiero expresamente a la crisis del marxismo, la crítica de los socialismos reales, la crítica de las formas autoritarias del cuerpo teórico que se ha denominado leninismo, de la tradición e historia de los partidos comunistas, la reflexión sobre las nuevas formas de la política y la consiguiente valorización de los movimientos societales como nuevos actores en la vida pública. Estas cuestiones forman un temario abierto (esencial para pensar el pasado de la izquierda en Argentina, su autoritarismo y militarismo) que, por razones diversas, no implantó ejes públicos de discusión en los años de la dictadura militar. En primer lugar, porque, prácticamente, se había liquidado la esfera pública y, por consiguiente, la posibilidad de repercusión en Argentina de los debates sobre las nuevas formas de una cultura política de izquierda en formación. En segundo lugar, porque bajo la presión de la dictadura militar no estaban creadas las condiciones psico-ideológicas para la revisión del propio pasado.

Asistimos hoy, en Buenos Aires, al comienzo de la puesta en discusión de esta zona de problemas que hacen a la fundación de una nueva cultura política democrática de izquierda. El papel de los intelectuales que se han ido incorporando al campo local será importante. El grado de arcaísmo de la cultura de izquierda argentina es

muy grande. Casi podría decirse que resulta difícil pensar en las posibilidades de construcción de una izquierda nueva, capaz de criticar su propio pasado y de encontrar un lugar de transformación en el marco democrático, si cambios audaces y profundos en su formación y práctica teórica, política y cultural no comienzan a realizarse. La fosilización de las consignas, la repetición mecánica de los slogans, afecta todavía hoy a la izquierda argentina, de manera tal que, muchas veces, las iniciativas más creativas en el campo cultural y político no provienen de sus filas, o por lo menos de las filas encuadradas en los partidos.

Sin embargo, la publicación de algunos libros (pienso en Montoneros, la soberbia armada de Pablo Giussani, por ejemplo) parece reabrir el debate sobre las formas de la cultura política de los últimos quince años. Mucho va a depender de la riqueza que la discusión adquiera sobre algunos de estos ejes fundamentales. En este sentido, retomar la iniciativa para generalizar grandes temas de discusión (una iniciativa que la izquierda supo tener en la primera mitad de los años sesenta) parece un paso indispensable. No existen hoy, bajo el gobierno radical, las razones que pudieron obturar ese debate durante los años de la dictadura.

La otra cuestión que concierne directamente a intelectuales y artistas no es ya la de la denuncia de la censura gubernamental (que ha dejado de existir desde diciembre de 1984), sino de qué cultura, mejor dicho, qué culturas pueden construirse en el marco de la libertad de discursos y circulación de los bienes simbólicos. Una sociedad que había vivido con censura cinematográfica, secuestro de publicaciones, universidades cerradas a los intelectuales de izquierda, debe ahora pensar que los discursos sobre la libertad para la producción y circulación de cultura no son suficientes. Esa libertad es un piso, una condición básica e indeclinable, pero ¿qué hacer con ella?

Este es el gran debate público, cuyas conclusiones siempre provisorias, son indispensables incluso para proponer a las instituciones gubernamentales prácticas de producción y difusión cultural que sean realmente nuevas.

UNA EXPERIENCIA DE LA DIVERSIDAD

Me gustaría mucho mencionar en este punto una de las experiencias más interesantes de estos primeros meses de democracia, generada desde el gobierno. La Municipalidad de Buenos Aires administra un complejo teatral-cultural, ubicado en el centro de la ciudad, con entrada por dos calles: Corrientes y Sarmiento. La entrada por Corrientes conduce al Teatro San Martín, con varias salas, cine, halls para ex-

posiciones, etc. La entrada por Sarmiento corresponde al Centro Cultural San Martín, dotado de salas modulares de conferencias, proyecciones, audio, pequeñas representaciones, etc. Todo lo que sucede en este centro (dirigido en la actualidad por el escritor Javier Torre) es de acceso gratuito.

A causa de su ubicación en el centro de Buenos Aires, este complejo cultural está rodeado, por una parte, por la zona de concentración intelectual de la ciudad (librerías, bares, restaurantes frecuentados por el campo intelectual y su periferia); por otra parte, lindante hacia el sur y el oeste, está ocupado por casas de pensión, viejas casas colectivas, algunos conventillos, viviendas relativamente pobres, etc. En esta nueva etapa, el Centro Cultural ha girado de la calle Corrientes (la calle popular, pero también intelectual) hacia Sarmiento, la que simbólicamente evoca a su público popular.

En realidad, ha propuesto a los intelectuales y artistas el uso absolutamente no condicionado de sus salas, y ha ofrecido a sectores juveniles, de la tercera edad y populares, el ingreso a un ámbito que dejó de ser intimidatorio. La oferta cultural es de una variación definible como ecléctica, pero resulta interesante comprobar de qué manera, a una misma hora de la tarde o de la noche, el público de la zona tiene la posibilidad de elegir entre una mesa redonda sobre literatura, un taller literario o plástico, un recital de rock nacional o de música indígena, la proyección de una película de vanguardia o de un clásico, la presentación de un libro de algún escritor joven o la discusión sobre las posibilidades del cine de Super 8. He podido experimentar personalmente que esta verdadera mezcla de discursos y propuestas apela a un público fluctuante de varios centenares de personas, que discuten y se informan en el hall de entrada sobre si les conviene primero asistir a la mesa redonda para luego combinar el horario del cine o vociferar frente a una propuesta de vanguardia, expresando su adhesión o su disgusto. El Centro Cultural, además, ha trasladado algunas de sus programaciones a las cárceles de la ciudad, ofreciendo talleres literarios y teatrales. Participando en mesas redondas, pude comprobar cómo entraba en nuestras salas la música que un grupo de rockeros tocaba en el hall de al lado. Esta mezcla de sonidos representa, en realidad, la mezcla que caracteriza a este complejo cultural: espacio de libre circulación de culturas que habían permanecido en los márgenes y de las que habían participado, durante estos siete años, minorías muy reducidas.

Se podrá decir, y muchos lo hacen, que esta mezcla, poco presidida por criterios organizativos ajustados, es la demostración de una ausencia de proyecto cultural. Aquellos intelectuales que participamos o asistimos, en la década del sesenta y se-

tenta, a las interminables discusiones sobre proyecto cultural que, en los hechos, eran discusiones sobre política y las maneras en que la política podía implantar su hegemonía sobre el campo de la cultura, percibimos, quizás con un alivio aleccionado, esa instauración de la diversidad en los espacios oficiales.

LA LIBERTAD CULTURAL Y SUS ENEMIGOS

Y, sin embargo, estos espacios libres tienen sus enemigos. El episodio a que dio origen la presencia en Buenos Aires del autor, director y actor italiano Darío Fo, demuestra que la libre circulación de los discursos y los bienes culturales encuentra obstáculos y que, pasados esos primeros meses, en los cuales la democracia se constituyó en un valor difícilmente controvertible después de siete años de gobierno autoritario, hay zonas de la sociedad argentina donde se están organizando fuerzas que, con consignas de defensa de la moral pública, la familia, la religión y los valores tradicionales, pueden elevar serios obstáculos a los proyectos de diversidad y renovación cultural. Grupos católicos ultramontanos interrumpieron las presentaciones de Darío Fo, considerándolas atentatorias a las verdades reveladas. Se llegó hasta la violencia cuando, con palos y piedras, se rompieron algunas de las vidrieras del teatro. Lo grave no fue, en realidad, la presencia de estos núcleos arcaicos y minoritarios, sino la posición que uno de los obispos de la iglesia argentina hizo pública desde el púlpito de la catedral de Buenos Aires: se condenó a Darío Fo y a los responsables de organismos-gubernamentales que habían traído su espectáculo para presentarlo en un teatro oficial, pagado por el dinero de los constribuyentes.

La Iglesia ya está lanzando sus voces de alerta. El tema no es, obviamente, sólo Darío Fo, sino la defensa repetida de un conjunto de valores que se denominarían cristianos y respecto de los cuales se afirma que constituyen bases tradicionales de la sociedad. Se trata de una forma no demasiado encubierta de antipluralismo. No es difícil pronosticar que una vez que se firme la paz con Chile sobre la cuestión del Canal de Beagle (paz indispensable, a no dudarlo), la Iglesia se va a sentir liberada de los compromisos que le impone la mediación papal en el conflicto y acentuará la ofensiva contra las nuevas formas de circulación y producción libre de cultura. Es necesario destacar al respecto que, quizás por primera vez en la historia de este siglo, el secretario nacional de cultura, Carlos Gorostiza, es un hombre de probadas y públicas convicciones laicas, alterando así un modelo de constitución de los gobiernos incluso democráticos, en los que el área de educación y cultura era pactada o conversada con personalidades cercanas a la iglesia católica.

El marco es, entonces, el de la libertad cultural. Notablemente, esto ha alterado incluso la fisonomía urbana de Buenos Aires, donde hoy es frecuente ver a jóvenes tocando música clásica o moderna, rodeados de un público distendido y casi entusiasta. "Distendido" sería precisamente el adjetivo que mejor describe estas formas de participación colectiva.

La oferta cultural en las villas y barrios obreros que rodean la ciudad de Buenos Aires y otras capitales del interior ha aumentado notablemente. Mantiene un mismo principio de heterogeneidad, donde todas las propuestas económicamente viables son aceptadas. Puede decirse que los planes culturales del gobierno no superan el horizonte de la distribución. Y es cierto. Sin embargo, el vituperado distribucionismo cultural resulta indispensable para atacar, si no las raíces, los efectos de la desigualdad en el acceso a los medios de producción y a los circuitos de distribución de la cultura.

Es probable que, agotada esta etapa de distribución de lo existente y de reafirmación cotidiana de la libertad, sea necesario abordar el conjunto de graves problemas que debe enfrentar una política cultural a mediano plazo.

UNIVERSIDAD Y MEDIOS MASIVOS

Sólo quisiera referirme a algunas de las cuestiones que afectan el desarrollo educativo y cultural de los sectores populares. Parece necesario dar comienzo a un gran debate nacional sobre la interrelación y competencia entre los diferentes niveles educativos. Al respecto, y frente a la actual explosión de la matrícula universitaria, sería irresponsable, desde una perspectiva de izquierda y socialista, seguir pensando que el ingreso irrestricto es la piedra de toque de la política universitaria. En un país con una universidad pública devastada, con universidades privadas subsidiadas por el Estado, con problemas presupuestarios gravísimos para la financiación de la investigación en ciencia y técnica, es necesario repensar creativamente las consignas de la reforma universitaria de 1918, que siguen siendo repetidas por el movimiento estudiantil sin otra alteración que el agregado de que la universidad deberá ser para la liberación y no para la dependencia. Por otra parte, es necesario contrastar esta universidad. abierta al pueblo que se reclama, con una programación de reforma y fortalecimiento de la educación primaria, uno de los niveles que más ha sufrido durante los años del proceso militar. Existen provincias argentinas cuyos edificios escolares están en ruinas; la educación secundaria es atendida por profesores que, para subsistir de su trabajo, se ven obligados a dictar más de cincuenta horas de clases semanales y que hace años que no asisten a un curso de ac-

tualización. En este marco deben considerarse tanto las políticas gubernamentales como los reclamos que puedan articularse desde la izquierda.

Otro de los interrogantes que enfrenta el gobierno radical tiene que ver con la política que se practicará en los grandes medios de comunicación masivos. En este momento, el Estado es dueño, sólo en la ciudad de Buenos Aires, de tres canales de televisión, cuyo futuro aún no ha sido objeto de un debate público. Una campaña, cuyo origen puede suponerse en los grandes intereses de la publicidad, tiene como slogan que no deben propiciarse proyectos culturales para la televisión y que, si alguno de los canales estatales se decide por este andarivel, los programas resultantes se convierten de inmediato en programas "culturosos", que el público rechazaría. Sometidos a este chantaje permanente, que tiene voceros incluso ingenuos, las políticas del gobierno han sido vacilantes y a la Secretaría Nacional de Cultura le costó más de cuatro meses acceder a la dirección efectiva del que seguirá siendo el canal oficial de televisión. En la plataforma radical se afirmaba que un canal de televisión habría de ser entregado a la gestión societal, a través de instituciones culturales y educativas. Nada se ha hecho al respecto hasta el momento y, lo que es más grave aún, no se ha reabierto públicamente la discusión de este punto, que, como núcleo generador de iniciativas culturales renovadoras, parece fundamental.

Finalmente, y este es un desafío para los socialistas, ¿qué otra cosa podemos reclamar aparte del levantamiento de toda restricción de acceso o circulación, de producción o difusión de los bienes simbólicos? Es posible que debamos revisar profundamente los conceptos de política cultural, proyectos culturales alternativos y su lugar respecto del Estado.

Estas cuestiones abiertas a debate son sólo algunas de las enfrentamos los argentinos. Queda también abierta la discusión de cómo reconstruiremos la memoria de nuestro pasado más inmediato, a qué formas de reflexión acudiremos para organizar colectivamente los hechos gravísimos de estos últimos quince años. La violencia que atravesó a la sociedad y se convirtió en violencia perversa en el Estado, fue también violencia perversa en las organizaciones armadas, a partir de 1973. Debemos hacer nuestras cuentas, desde la izquierda: están las responsabilidades de las fuerzas armadas, pero también las de la sociedad civil. En este punto, que es probablemente el gran nudo de la sociedad, los discursos de la literatura, del arte, de las nuevas formas de la política son esenciales. Les cabe a ellos dar algunas de las respuestas colectivas que son indispensables para nuestra recomposición como nación y para la recomposición de la izquierda como sujeto social y político de las grandes transformaciones.

Nueva Sociedad Nro.73, Julio- Agosto de 1984, pp. 78-84

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 73, Julio-Agosto de 1984, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>**.